

ternos á trazar á grandes rasgos las relaciones entre el poderoso protector y el artista.

Rafael estaba en su elemento, fijaba su atención como tantos otros en el mundo antiguo, pero también vivía en su época, estaba relacionado con sus principales varones ilustres é hizo los retratos de muchos, que á haberse conservado todos, formarían una galería utilísima para el estudio de aquel tiempo. Ya conocemos por el grabado su retrato de Leon X con los dos cardenales Julio de Médicis y Luis de Rossi; otros cuadros representan á Julian y Lorenzo de Médicis, y seis otros personajes notables, poetas, eruditos, diplomáticos y dignidades de la Iglesia, como Bibbiena, Castiglione, Inghirami, Tebaldeo, y los venecianos Beazzano y Navagero. Según la costumbre entonces admitida introdujo sus retratos contemporáneos hasta en cuadros que representan escenas de otros pueblos y tiempos, pero nadie se tomó jamás tanta licencia como Rafael, porque en un cuadro que representa la expulsión de Heliodoro del templo, pintó al papa Julio II, que vivió poco menos que 1,700 años después, llevado en andas por cuatro camareros pontificios, como para presenciar el triunfo de la Iglesia. Estos camareros son seguramente también retratos de funcionarios del Vaticano ó bien artistas concurrentes al palacio del papa, tanto que el camarero delantero, que mira hacia el espectador, se decía que era el retrato exacto del grabador en cobre Marcanton. Para glorificar más al papa Leon X, hizo el *cielo leonino*, serie de cuadros que representan motivos pertenecientes á los pontificados de los papas Leon III y IV, como la victoria sobre los sarracenos cerca de Ostia, la quema del castillo, la coronación de Carlo Magno, el juramento de purificación de Leon IV y otros sucesos. Los cuadros cuyos motivos excitaban la fantasía del artista por representar pasiones y sentimientos humanos, penas, padecimientos, desesperación, compasión, auxilio en el peligro, rivalizan con los mejores que el pincel de Rafael produjo. En ellos se ven grupos y multitudes de combatientes, de heridos, de salvados; otros de hombres ó mujeres que se escapan de un incendio, cuyas expresiones son magistrales, como las de un hijo que salva á su padre y le lleva á cuestras, mientras da la mano á un hijo suyo pequeñito, grupo que recuerda á Eneas salvando á Anquises y Ascanio.

Las obras más célebres de Rafael representan escenas de la historia sagrada, y algunas motivos de la antigüedad pagana. Fama universal tienen sus cuatro sibilas, la Virgen de la capilla Sixtina, la Transfiguración, la Galatea, Psíquis y Cupido, y el triunfo de Psíquis en la Farnesina. Para las generaciones modernas, los cuadros de Rafael que tratan motivos de la Sagrada Escritura y de las vidas de los santos son los que más nos extasían, cualquiera que sea la religión que profesemos, porque estos ejemplos de amor de madre purísimo, de amor divino, de elevación y éxtasis religioso, de ascetismo, de sacrificio de sí mismo, del triunfo de la justicia eterna y de la virtud, nos llevan á regiones sublimes donde olvidamos las penas y miserias del mundo material. Mas para los contemporáneos de Rafael y de Leon X, que vivían en este mundo más contentos que nosotros, y que á pesar de su fantasía no se cuidaban de ideales ni comprendían la religión ideal, los cuadros mitológicos é históricos de la antigüedad clásica eran las obras maestras del artista. Podría ser que Leon X mirara la Virgen de la capilla Sixtina con cierta sonrisa socarrona, y que la Transfiguración no le produjera un arrobamiento místico, pero de seguro miraba con delicia el amor de Psíquis y Cupido, y acaso se acordara, al mirar la Galatea, de los versos de Poliziano, de los cuales Rafael tomó la idea de este cuadro.

Rafael Sanzio murió el 6 de abril de 1520. Vasari dijo de

él: «Rafael ocupó constantemente un grandísimo número de artistas, y cuando salía de su casa para ir al Vaticano, le acompañaban para honrarle hasta cincuenta pintores, grandes capacidades todos. Vivió en realidad más bien como un príncipe que como artista.» La enfermedad que acabó con su vida duró dos semanas; cada día mandó el papa á casa del enfermo para informarse de su estado, y cuando le llevaron la noticia de la muerte, no pudo contener las lágrimas. Castiglione escribió: «Roma es para mí un desierto desde que falta Rafael,» y un sentimiento igual dominó acaso también al papa Leon X, cuya amistad con Rafael era una prueba de que para él valía el talento tanto como los títulos más soberbios, y el pobre tanto como el rico.

Aficionado como era Leon X á todos los productos de la inteligencia, lo era también á los libros, y mucho más á los que habían pertenecido á su familia, cuya biblioteca se había dispersado á consecuencia del cambio de fortuna que habían sufrido los Médicis. Cada vez que lograba recuperar un libro de su padre Lorenzo, era para él un día de alegría, y con filial cariño inspeccionaba hoja por hoja antes de colocarlo en su estante correspondiente.

La lengua latina, cuyo conocimiento constituía entonces el núcleo de todo saber, mereció á este papa una atención particular. Como todas las personas que querían pasar por instruidas, mezclaba en sus cartas y otros escritos expresiones latinas, y habiendo oído que en Portugal había un matemático que manejaba el latín con especial maestría, le llamó á Roma. También extendió su protección á la lengua griega para el estudio de los clásicos de aquel país, la cual aprovechó al célebre Erasmo (de Rotterdam) cuando publicó el Nuevo Testamento en el texto griego original (en 1526) y las obras de varios padres de la Iglesia, en especial las de San Jerónimo. Si protegió también á Agustín Nifos fué más por vanidad que por otra cosa.

Leon X era persona instruidísima, pero no docta; era amante de las artes, pero no artista; solo en la música era bastante perito, teórico y práctico, y si bien son grandiosos los resultados del impulso que dió á las artes y letras, no lo fueron sus liberalidades, principalmente para con la hueste de literatos hambrientos que le molestaban con sus versos y súplicas; y cabalmente por ser contados sus actos de munificencia en este ramo, hánse ensalzado y celebrado más de lo que lo fueron otros mayores de diferentes protectores. Entre estos actos de generosidad figuran la concesión de una canonjía á Andrés Marone por sus versos, el título de conde y un castillo que dió al tañedor de laúd Giammaría, y los regalos que hizo á Bernardo Accotti, llamado por sus contemporáneos y por sí mismo *el Aretino único*, improvisador brillante, vástago de una familia célebre, que con lo que tenía y lo que el papa le dió, pudo comprar el título de duque de Nepi. La gran masa se contentaba con mucho menos, y no pocos tuvieron que darse por satisfechos con nada, pero entre unos y otros formaban un coro de apologistas tan sonoro y numeroso, que acallaron á los murmuradores y descontentos é hicieron creer á todo el mundo, sin exceptuar á estos últimos, entre los cuales se hallaba Ariosto, que había llegado la edad de oro para las artes y las letras. Los unos celebraban á Leon X como rey del mundo, como el león lo era del reino animal, otros hicieron de él el sol que alumbraba la tierra, ó le compararon con Apolo, que derrama rutilante luz sobre los que yacen en la oscuridad, y un tal Guido Postumo Silvestri compuso una oración dirigida á Jesús, á la Virgen y á los santos, en la cual les suplicaba que dejaran á la humanidad por largo tiempo al gran número, Leon X, porque ya había tantos en el cielo que bien podían dejar este último á los hombres. Poco faltaba, pues, para que los con-

temporáneos saludaran á este papa como los antiguos egipcios á su rey Setos, con estas palabras: «Llegas como tu padre, el Sol, derramando vida.»

Si no conociésemos ya el carácter de la época y de sus literatos, contrabalancearía la disimulada pero acerba crítica de un Ariosto los himnos de alabanza de un ejército de poetas insignificantes. Ariosto, confiando en sus ya antiguas relaciones con los Médicis, y especialmente con Leon X, había ido en 1513 á Roma, donde no tardó en recibir un desengaño amargo. Entonces desfogó su ira en la sátira siguiente. Descubrió un pastor una fuente y acudió con su mujer, sus hijos y compañeros; todos bebieron, pero una urraca que la familia tenía domesticada desde mucho tiempo, aguardando triste su vez y viendo que nunca llegaba, se dijo por fin á sí misma: «¡Ay de mí, que he de ser la última en apagar mi sed porque no soy miembro de la familia, ni he trabajado para alumbrar el manantial, ni he hecho en esta ocasión más de lo que suelo hacer siempre! Me moriré aquí de sed si no me dirijo á tiempo á otra parte.» En esta sátira se manifiesta, juntamente con el antiguo afecto á la casa de Médicis, el eco del rencor, que pronto resonó también en otras partes, pues que no todo era radiante luz en la vida y carácter de Leon X.

Hásele calificado de protector ilustre y providencia de las artes y ciencias, político y artista, y con razón, porque difícilmente se podrá citar á otro miembro de su familia, y eso que los Médicis no tenían rival como políticos astutos y hábiles, que hubiese igualado á Leon X en el arte de extraviar, entretener y afanar inútilmente en cosas de política á los demás. Nadie le superaba en habilidad para ocultar sus manejos, sus negociaciones y alianzas, ni en ganar tiempo y eludir compromisos mientras las circunstancias se presentaban enredadas y los resultados eran inciertos, ni el juego arduo de cerrar tratos con dos ó más fracciones para que después una ú otra compraran con grandes sacrificios la rescisión del pacto para no arrostrar pérdidas mayores.

El papa Julio II había librado la Italia de los franceses, pero no por esto dejó de ser la península la arena donde los alemanes, los franceses, los españoles y los magnates italianos trataron de saciar su ambición y de ensanchar sus dominios, y toda la destreza política de Leon X no pudo impedir que la Italia continuara siendo el teatro donde dirimían sus diferencias los Valois y los Habsburgos, entonces representados por Francisco I de Francia y Maximiliano I, emperador de Alemania, y después de él Carlos V.

Francisco I, rey de Francia, tenía veintiún años, y era adolescente, mas bien que hombre, cuando entró en Italia á la cabeza de un ejército para hacer valer sus derechos sobre el ducado de Milan, defendido por los suizos á sueldo del papa. Los políticos le consideraron continuador de la política de Luis XII, y antes de este, Carlos VIII, á pesar de ir todos ellos á Italia con la intención manifiesta de imponer su autoridad al país, y Francisco I, además, con el deseo ardiente de vengar las derrotas de sus predecesores. Un poeta, Luis Alamanni, le llamó, en un poema didáctico italiano titulado: «El Cultivo,» (agrícola) (*La Coltivazione*): «Sosten de los buenos, sede selecta de la justicia y del honor, espejo sublime de la perfecta bondad, luz purísima y fiel de la caballería invicta; ejemplo terrenal de todos los dones celestes que Dios concede á los hombres.» En el mismo poema le dice en otra parte: «Vos dais el ejemplo de no perder un instante sin aprovecharlo, dirigiendo vuestro espíritu regio, siempre dispuesto, ora á las armas, ora á las musas, ora á las leyes, que aplicáis con brillante acierto, según lo requieren el caso, el tiempo y el lugar; ora, en fin, para terminar viejas contiendas, ó para redimir víctimas inocentes de la ley.»

Al poco tiempo de haber entrado en Italia ganó Francisco I, con el auxilio de los venecianos, la gran batalla de Marignano, que duró dos días, 13 y 14 de setiembre de 1515, quedando el joven rey de Francia vencedor y derrotados los regimientos del papa. El primer día había quedado indecisa la batalla, y los suizos se atribuyeron la victoria, lo cual sabido en Roma, fué celebrado con grandes fogatas y otras manifestaciones de alegría, pero todo cambió cuando al día siguiente se presentó el embajador veneciano, Marino Zorzi, al papa para comunicarle el resultado definitivo. Leon X quedó estupefacto y al parecer inquieto por su propia suerte, pero Zorzi le tranquilizó con estas palabras: «Nosotros lo pasaremos bien, porque somos del partido del rey, y por esto mismo, nada tiene que temer Vuestra Santidad,» á lo cual contestó Leon, poniéndose al instante á la altura de la situación: «Señor embajador, veremos lo que hace el rey cristianísimo; nos pondremos en sus manos y pediremos misericordia.» Así lo hizo, en efecto, y en la entrevista que tuvo en Bolonia con el vencedor, renunció á varias prerogativas eclesiásticas en Francia además de algunos territorios; Francisco I se mostró por su parte magnánimo y se hizo la paz.

En política era Leon X humilde y sumiso ante el contrario poderoso, con el débil en cambio era duro y hasta cruel, como lo demostró con el aniquilamiento de la familia Baglioni en Perugia, con el olvido indigno de las promesas hechas á Alfonso de Ferrara, con la confiscación del ducado de Urbino, bajo el pretexto de formar parte del patrimonio de la familia de Médicis; con la falta de palabra y la crueldad vengativa con que trató á los cardenales acusados de conspirar contra su vida. En estos y en otros actos es probable que siguiera, mas que sus propias inspiraciones, los consejos é instancias de otros, como dijo un embajador de Venecia entonces: «Es hombre de buen corazón, y si no fuese por sus parientes no cometería torpeza alguna.»

Francisco I no quedó mucho tiempo dueño de Italia porque pronto le disputó su predominio el emperador Carlos V (primero de España), no solamente en Italia sino en la misma Roma, lo cual equivalía á ser dueño de la influencia del papa y valía más que un aumento de territorio. Cinco años duró la guerra entre los dos soberanos, hasta que finalmente quedó dueño del campo el emperador. Este firmó una alianza con el papa el 8 de mayo de 1521, dirigida primero contra la Francia y en el fondo, quizás, con la mira de volver á crear un imperio universal, y una alianza contra los demás soberanos y contra los pueblos y religiones disidentes. Al mismo tiempo prometió al papado un aumento de territorio.

El mismo día en que se firmó este tratado declaró el emperador á Lutero fuera de la ley.

Aunque el papa Leon X nada entendía ni jamás quiso entender de cosas y disputas religiosas, vióse involucrado en ellas con grandísimo disgusto suyo, porque más que las tradiciones y dogmas cristianos, le gustaban las fábulas é historias del mundo antiguo, tanto que se le acusa de haber dicho que no se oponía á la fábula de Cristo porque le traía beneficios; y que si bien le parecía verdadera la doctrina de la inmortalidad del alma, observaba, sin embargo, que el no creer en ella favorecía su corpulencia. Cierta es que se burlaba de las cosas más santas y que le gustaba más el mundo pagano antiguo que el cristiano, para el cual nunca tenía tiempo. Así cuando, por ejemplo, le correspondía dar la bendición al pueblo, lo hacía á toda prisa, á veces riéndose todavía de los chistes de una reciente conversación ó de la representación de una comedia de Plauto, ó con la cabeza llena todavía de discursos ú otros trabajos de sus humanistas, que escuchaba horas enteras sin cansarse. A sus capellanes de cámara tenía mandado que no durase el sermón del do-

mingo mas de un cuarto de hora, y esta orden sostuvo con gran rigor, menos cuando el predicador mezclaba en su sermón alusiones al mundo gentilicio ó invocaba directamente divinidades paganas, lo cual tambien sucedia, con gran disgusto y observaciones satíricas de alguno de los asistentes. Era cosa de buen tono entonces hacer burla de la religion cristiana, calificándola de engendro de engañadores astutos. Así se explica que en tiempo de este papa se sacrificara todavía siguiendo una antigua tradicion, un toro, en cierto dia del año; que un ciudadano distinguido de Roma colocara, en ocasion de una procesion, delante de la puerta de su casa, una estatua de Venus con la inscripcion: *Mars fuit, est Pallas, Cypris semper ero*, que puede tomarse por una mofa de la divinidad y virginidad de María, ideal de pureza; que al celebrar la restauracion de una cisterna en el Capitolio se pronunciara esta oracion: «Nosotros hemos hecho el receptáculo, llénalo ahora, oh Júpiter, con agua del cielo, y protege á los encargados de tu montaña;» y que, finalmente, en el entierro de Bibbiena dijera el orador: «No investigamos á qué punto del Olimpo te ha llevado tu inmortal virtud, en cuadriga de oro; pero cuando recorras los mundos celestes para ver á los héroes, no te olvides de replicar al rey del cielo y á todos los demás dioses, que añadan á la vida de Leon los años que la Parca impía ha quitado á Julian de Médicis y á tí, si quieren conservar el culto que se les dedica en la tierra.»

Es en verdad una de las mayores ironías de la historia que el papa á cuya vista, y lo que es mas, con cuyo beneplácito se pronunciaban semejantes oraciones, fuese celebrado por sus parciales como el primer soberano y único representante verdadero de la cristiandad, superior al emperador, mas que lo es el oro al plomo; tanto que el emperador, segun se lee en un libro de aquella época, debido á la pluma de Silvestre Prieria, «con todas las leyes y con todas las naciones cristianas juntas, nada podria contra la voluntad del papa.»

Este Silvestre Prieria era uno de los varones mas devotos y mas fanáticos de la corte de Leon X, siempre dispuesto á defender á su señor y al papado en general, como lo hizo contra Reuchlin y Lutero, quedando vencedores él y su defendido, contra ambos antagonistas, por lo menos á primera vista. Estas victorias eran, sin embargo, como las de Piro, porque la controversia con Reuchlin tuvo por consecuencia destruir en las personas instruidas la autoridad del papa y de sus ministros, y la reforma religiosa arrebató definitivamente á la Iglesia romana la Alemania y una gran parte de Europa. Leon X estaba muy léjos de sospechar semejantes consecuencias trascendentales porque seguramente ignoraba «el idioma bárbaro alemán» y lo que en él se escribía contra el clero de Roma, prefiriendo el incienso que quemaron en su obsequio sus cortesanos y parciales. Por lo demás, estos que tanto le ensalzaban en vida, apenas hubo espirado dirigieron sus miradas y elogios á su sucesor.

Leon X murió el 1.º de diciembre de 1521, habiendo recibido poco antes noticia de una victoria de las tropas imperiales, que entonces eran sus aliadas. Resistióse á la muerte y dijo á los que le rodeaban: «Orad por mí, y os haré todavía á todos felices.» Muchos le contestaron con sonrisa, de cariño todavía, pero con la mirada escudriñadora fija en el moribundo para espiar el momento deseado en que pudiesen arrojar la máscara molesta y trocar la sonrisa adulatoria en escarnio repugnante. Se cuenta que solo estuvo junto al lecho del papa una persona, fray Mariano, el bufon que habia servido de objeto de risa y divertido con sus bufonadas á Leon X, al cual á la sazón en tan supremos instantes no cesaba de decir al oído: «¡Acordáos de Dios, santísimo padre!» á lo cual contestó suspirando el moribundo: «¡Dios bueno!» palabras que repitió por tres veces.

Apenas se supo que habia muerto, salieron á luz folletos y se pronunciaron discursos contra el difunto; los panegiristas y aduladores callaron, y en lugar de alabanzas exageradas, resonó una voz que resumió la vida del papa difunto en estas palabras: «Te introdujiste como un zorro, gobernaste como un leon y has muerto como un perro.»

CAPITULO XVI

DECADENCIA DEL RENACIMIENTO EN ITALIA

Adriano VI, sucesor de Leon X, fué en todo el reverso de este; miraba las artes con desprecio, las producciones literarias no le interesaban; en lugar de la ostentacion fastuosa, prefirió una vida tan sencilla que teniendo á su disposicion el mas hermoso palacio de Roma, se hizo arreglar una casa modesta y ordinaria para establecerse en ella; y finalmente, siendo extranjero, exhibió en lugar de entusiasmo patriótico nacional italiano, la mayor indiferencia respecto de todo lo que se referia á la Italia, al paso que apreciaba todo lo extranjero.

Adriano habia nacido en Utrecht, en los Países-Bajos, el 2 de marzo de 1459, y era de consiguiente para los italianos, que no distinguían entre holandeses y alemanes, uno de estos *bárbaros*, y por mas señas y mayor desgracia, «instrumento de S. M. el emperador.»

No obstante deber al emperador su elevacion á la silla de San Pedro, veló por la independencia del papado y se dolió profundamente al ver extenderse mas y mas por toda la Italia las huestes alemanas, que eran una verdadera calamidad particular y pública para el país. Si grande era el daño que causaron por donde pasaban y donde asentaban sus plantas, mayor peligro ofrecían á los ojos del papa las sectas heréticas alemanas, que Adriano se propuso combatir y exterminar, si posible era, con todas sus fuerzas. De lo vano de este propósito se convenció luego el papa, porque para realizarlo eran menester dos cosas imposibles en aquel tiempo: una reforma de la Iglesia y otra del espíritu irreligioso de las clases altas y bajas de la sociedad. Quería, segun habia dicho ya en España, «proveer de gente las iglesias, no de iglesias á la gente.» Un documento histórico curioso del estado de la Iglesia y del vivísimo deseo que animaba á Adriano de reformar las costumbres del clero, es la instruccion que dió en 1522 al nuncio Chieregati cuando le envió á Nuremberg, en la cual se lee lo siguiente: «Sabemos que desde hace años han venido ocurriendo en torno de la Santa Sede cosas abominables, abusos en lo espiritual, extralimitaciones en los mandatos y un maleamiento general. Así no es extraño que el mal se haya extendido de la cabeza á los miembros, de los papas á los prelados y sacerdotes mas inferiores. Nosotros todos con el clero nos hemos apartado de nuestro camino; nadie ha hecho cosa buena desde muchísimo tiempo, y urge, por lo mismo, que honremos á Dios, que humillemos nuestras almas ante él, y que cada uno vea de dónde le ha venido el mal.» Esta reaccion no produjo efecto en el alto y opulento clero italiano, ni en la sociedad italiana en general; y tanto fué así que cuando, en 14 de setiembre de 1523, murió este papa reformador, se celebró su muerte como un suceso fausto. Los enemigos del difunto pusieron en la casa de su médico de cabecera esta inscripcion: «El senado y el pueblo felicitan al libertador de la patria.» Un literato dijo: «Si este acérrimo enemigo de las musas, de la elocuencia y de todo lo bello hubiese vivido mas, forzosamente habríamos vuelto al tiempo de la barbarie goda.»

Ya en vida de Adriano habia escrito un personaje político de mucha importancia: «Roma ya no es la misma. Libres de

una peste, hemos caido en otra peor. Este papa no hace caso de nadie; no se ve ni una muestra de munificencia; todo el mundo está desesperado.» El satírico Francisco Berni, á quien ya conocemos como autor del *Orlando enamorado*, se burló, como los demás satíricos, de Adriano en una poesia en que reconviene á Leon X por haber hecho cardenal á semejante hombre. Despues cita los nombres de las personas que llegaron con Adriano á Roma cuando su eleccion, diciendo que para pronunciarlos se necesita echar la lengua fuera de la boca, y que el único bien que el nuevo papa (Adriano) podia hacer á los italianos, era volverse á su país.

No fueron solamente el celo religioso ni la severidad tocante al cumplimiento de sus deberes de cabeza de la Iglesia y de todo el clero, ni la vida propia de un santo que llevó este papa, los que excitaron contra él á sus contemporáneos italianos, sino principalmente sus resabios de bárbaro germánico, el acento rudo extranjero con que pronunciaba el latin, la ninguna atencion que le merecieron los literatos, cuyo mérito principal se concentraba cabalmente en manejar la lengua latina con soltura y elegancia, su desprecio de todo boato, y en general de las exterioridades que no tenían que ver con la religion y que le parecían propias del paganismo. Por eso prohibió que le erigiesen arcos triunfales ó hiciesen otras demostraciones de este género cuando su entrada en Roma, y por la misma razon no tuvo el menor respeto ni menos veneracion á los restos de la antigüedad. Estos eran los crímenes que le enajenaron las simpatías de los italianos, y aun de la posteridad. A fuer de *bárbaro*, no tenia la menor idea del espíritu de la época y del pueblo entre el cual vivia; obstruyó el acceso al Belvedere, y cuando le enseñaron el grupo magnífico de Laocoonte, apartó la vista con desprecio diciendo: «¡Ídolos de paganos!»

Con semejante papa era, en efecto, de temer que la barbarie verdadera se apoderara otra vez de Roma y de toda la Italia.

Con su sucesor Clemente VII, conocido antes por Julio de Médicis, volvió á entrar en el Vaticano el genio de aquella casa. Un diplomático veneciano habia dicho de él, en vida de Leon X, del cual fué consejero íntimo despues de ser elevado sucesivamente á arzobispo de Florencia, cardenal y canciller de la Iglesia, que «era un gran genio y tenia un gran corazón.» Como papa tuvo que dar pruebas tambien de gran valor y de perseverancia en la adversidad. Respecto á las artes y letras, escribió de él uno de sus contemporáneos, expresando la opinion general de los italianos: «Espérase que las bellas artes, ahuyentadas por la barbarie pasada, recobren su puesto, porque los Médicis cifran su orgullo en fomentar las ciencias y las artes.»

Tocante á la política exterior, especialmente á las relaciones del papado con el emperador de Alemania, no hubo por lo pronto indicios de variacion, porque el embajador imperial escribió á su soberano: «Médicis es hechura vuestra; ahora es tan grande vuestro poderío que podrá trasformar las piedras en obedientes hijos.»

No se cumplieron del todo ni uno ni otro augurio. Clemente VII quiso ser político independiente y se rebeló contra el emperador, al cual debia la tiara; pero esta tentativa tuvo consecuencias tristísimas para Roma y para la civilizacion italiana. El emperador aprovechó su victoria de Pavía para castigar al papa discolorado y hacerle perder sus humos de soberano independiente, con la toma y saqueo de Roma en 1527. El papa huyó á Orvieto, de donde regresó tan luego como se hubo decidido afirmativamente la cuestion, puesta en tela de juicio, de la continuacion del poder temporal de los papas; pero tuvo que someterse al emperador, y poco antes de su muerte, que ocurrió el 25 de setiembre de 1534, confesó en

EL RENACIMIENTO

una carta que únicamente al emperador debia la suprema dignidad apostólica.

Tampoco el movimiento intelectual pudo felicitarse de una edad de oro. Verdad es que Clemente reunió á su alrededor una pléyade de talentos y los conservó á su lado hasta en los tiempos mas adversos, como cuando estuvo encerrado en el castillo de Sant-Angelo. Allí los ocupó en la correspondencia y redaccion de exposiciones y peticiones diplomáticas, dirigidas al emperador y á otros soberanos como los reyes de Francia é Inglaterra, á cuyos buenos oficios debió la estipulacion de un arreglo con el emperador, que no llegó á cumplirse porque el papa consiguió evadirse antes. Pero el mal para la civilizacion italiana fué que ya por un motivo, ya por otro, no pudo Clemente, con la mejor voluntad y disposicion del mundo, proteger las artes y letras ni á sus representantes en la medida que lo habian hecho otros miembros de su familia. El saqueo bárbaro del año 1527



Maquiavelo.
Busto de barro cocido. Encuéntrase en el Museo de Berlin

habia dispersado al gran número de artistas y doctos que se habian juntado en Roma, y que jamás volvieron á reunirse allí.

Ante la invasion brutal de Carlos V con sus rudas huestes cerróse la delicada flor de las artes y letras, que apenas habian renacido y cobrado algun vigor. Sin embargo, antes de cerrarse este período brillante de la inteligencia humana, Italia produjo todavía algunos varones notabilísimos cuyos nombres no podemos pasar en silencio porque completan el cuadro de aquel tiempo y en parte estuvieron relacionados con el mismo papa Clemente VII. Estos hombres son los celebérrimos Nicolás Maquiavelo, Pedro Arentino y Benvenuto Cellini.

El primero, Nicolás Maquiavelo, nació en el año 1469 y murió en 1527, de suerte que su actividad principal como autor cae en los pontificados anteriores al de Clemente VII, aunque mantuvo tambien relaciones con este último, pues que le aconsejó despues de la batalla de Pavía la creacion de una milicia nacional y le propuso la cooperacion de Juan de Médicis, jefe de «las bandas negras,» es decir, de bandas de aventureros que vivían sobre el país, vendiendo su cooperacion á quien mejor las pagaba. Además le propuso activar las obras de fortificacion de Florencia, todo para rechazar á los invasores extranjeros. El papa, aunque poco dispuesto á utilizar estos consejos, recompensó al autor, á quien